

FREI BETTO

# Carta abierta a Ernesto Che Guevara

Querido Che:

Ya han pasado cuarenta años desde que la CIA te asesinó en la selva de Bolivia, el 9 de octubre de 1967. Tenías entonces treinta y nueve años. Pensaban tus verdugos que, al meterte balas en tu cuerpo, después de haberte capturado vivo, condenarían al olvido tu memoria. Ignoraban que, al contrario de los egoístas, los altruistas nunca mueren. Los sueños libertarios no quedan confinados en jaulas como pájaros domesticados. La estrella de tu boina brilla más fuerte, la fuerza de tus ojos guía a generaciones por las rutas de la justicia, tu semblante sereno y firme inspira confianza a quienes combaten por la libertad. Tu espíritu trasciende las fronteras de la Argentina, de Cuba y de Bolivia y, como llama ardiente, inflama aún hoy el corazón de muchos revolucionarios.

En estos cuarenta años ha habido cambios radicales. Cayó el muro de Berlín y sepultó al socialismo europeo. Muchos de nosotros sólo ahora comprendemos tu osadía al señalar en Argel, en 1965, las grietas en las murallas del Kremlin, que nos parecían tan sólidas. La historia es un río veloz que no ahorra obstáculos. El socialismo europeo trató de detener las aguas del río con el burocratismo, el autoritarismo, la incapacidad para llevar a la vida cotidiana el avance tecnológico derivado de la carrera espacial y, sobre todo, se revistió de una racionalidad economicista que no hincaba sus raíces en la educación subjetiva de los sujetos históricos: los trabajadores.

Quién sabe si la historia del socialismo no sería distinta hoy si hubieran prestado oído a tus palabras:

Sin embargo, el Estado se equivoca a veces. Cuando una de esas equivocaciones se produce, se nota una disminución del entusiasmo colectivo por efecto de una disminución cuantitativa de cada uno de los elementos que lo forman, y el trabajo se paraliza hasta quedar reducido a magnitudes insignificantes: es el instante de rectificar.<sup>1</sup>

Che, muchos de tus recelos se han confirmado a lo largo de estos años y han contribuido al fracaso de nuestros movimientos de liberación. No te escuchamos lo suficiente. Desde África, en 1965, le escribiste a Carlos Quijano, del periódico *Marcha*, de Montevideo: «Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esta cualidad».

Esta advertencia coincide con lo que el apóstol Juan, exiliado en la isla de Patmos, escribió en el Apocalipsis hace dos mil años, en nombre del Señor, a la iglesia de Éfeso:

Conozco tu conducta, el esfuerzo y la perseverancia. Sé que no soportas a los malos. Aparecieron algunos diciendo que eran apóstoles. Tú los probaste y descubriste que no lo eran. Eran mentirosos. Ustedes han sido perseverantes. Sufrieron por causa de mi nombre y no se desanimaron. Pero hay una cosa que repruebo en ti: abandonaste el primer amor. [2, 2-4]

Algunos de ellos, Che, abandonaron el amor a los pobres, que hoy se multiplican en la Patria Grande latinoamericana y en el mundo. Dejaron de guiarse por grandes sentimientos de amor para ser absorbidos por estériles disputas partidarias y, a veces, hicieron de los amigos, enemigos, y de los verdaderos enemigos, aliados. Corroídos por la vanidad y por la disputa de espacios

políticos, ya no tienen el corazón encendido por ideas de justicia. Permanecieron sordos a los clamores del pueblo, perdieron la humildad del trabajo de base y ahora cambian utopías por votos.

Cuando el amor se enfría, el entusiasmo se apaga y la dedicación se retrae. La causa como pasión desaparece, como el romance entre una pareja que ya no se ama. Lo que era «nuestro» resuena como «mío», y las seducciones del capitalismo reblandecen los principios, cambian los valores y si todavía proseguimos en la lucha es porque la estética del poder ejerce mayor fascinación que la ética del servicio.

Tu corazón, Che, latía al ritmo de todos los pueblos oprimidos y expoliados. Peregrinaste desde la Argentina a Guatemala, de Guatemala a México, de México a Cuba, de Cuba al Congo, del Congo a Bolivia. Todo el tiempo saliste de ti mismo, encendido de amor, que en tu vida se traducía en liberación. Por eso podías afirmar con autoridad que

[h]ay que tener una gran dosis de humanidad, una gran dosis de sentido de la justicia y de la verdad, para no caer en extremos dogmáticos, en escolasticismos fríos, en aislamiento de las masas. Todos los días hay que luchar porque ese amor a la humanidad viviente se transforme en hechos concretos, en actos que sirvan de ejemplo, de movilización.

Cuántas veces, Che, nuestra dosis de humanidad se ha resecado, calcinada por dogmatismos que nos hincharon de certezas y nos dejaron vacíos de sensibilidad para con los dramas de los condenados de la Tierra. Cuántas veces nuestro sentido de justicia se perdió en escolasticismos fríos que proferían sentencias implacables y proclamaban juicios infamantes. Cuántas veces nuestro sentido de verdad cristalizó en el ejercicio de autoridad, sin que correspondiésemos a los anhelos de quienes sueñan con un trozo de pan, de tierra y de alegría.

Tú nos enseñaste un día que el ser humano es el «actor de ese extraño y apasionante drama que es la construcción del socialismo, en su doble existencia de ser único y miembro de la comunidad». Y que este no es «un producto acabado. Las tareas del pasado se

<sup>1</sup> Las citas del Che tienen como fuente el texto «El socialismo y el hombre en Cuba», publicado en *Ernesto Che Guevara, escritos y discursos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1977, pp. 253-272.

trasladan al presente en la conciencia individual y hay que hacer un trabajo continuo para erradicarlas». Quizás nos ha faltado destacar con más énfasis los valores morales, las emulaciones subjetivas, los anhelos espirituales. Con tu agudo sentido crítico cuidaste de advertirnos que


[e]l socialismo es joven y tiene errores. Los revolucionarios carecemos, muchas veces, de los conocimientos y la audacia intelectual necesarios para encarar la tarea del desarrollo de un hombre nuevo por métodos distintos a los convencionales, y los métodos convencionales sufren la influencia de la sociedad que los creó.

A pesar de tantas derrotas y errores, hemos tenido conquistas importantes a lo largo de estos cuarenta años. Los movimientos populares han irrumpido en todo el Continente. Hoy en muchos países están mejor organizados los campesinos, las mujeres, los obreros, los indios y los negros. Entre los cristianos, una parte significativa ha optado por los pobres y engendró la Teología de la Liberación. Hemos sacado considerables lecciones de las guerrillas urbanas de los años 60; de la breve gestión popular de Salvador Allende; del gobierno democrático de Maurice Bishop, en Granada, masacrado por las tropas de los Estados Unidos; de la ascensión y la caída de la Revolución Sandinista, de la lucha del pueblo de El Salvador. En México, los zapatistas de Chiapas ponen al desnudo la política neoliberal, y se propaga por la América Latina la primavera democrática, con los electores repudiando a las viejas oligarquías y eligiendo a aquellos que son a su imagen y semejanza: Lula, Chávez, Morales, Correa, Ortega, entre otros.

Falta mucho por hacer, querido Che. Pero conservamos con cariño tus herencias mayores: el espíritu internacionalista y la Revolución Cubana. Una y otra

cosa se presentan hoy como un solo símbolo. Comandada por Fidel, la Revolución Cubana resiste al bloqueo imperialista, la caída de la Unión Soviética, la carencia de petróleo, los medios de comunicación que pretenden satanizarla. Resiste con toda su riqueza de amor y de humor, salsa y merengue, defensa de la patria y valoración de la vida. Atenta a tu voz, ella desencadena un proceso de rectificación, conciente de los errores cometidos y empeñada, a pesar de las dificultades actuales, en hacer realidad el sueño de una sociedad donde la libertad de uno sea la condición de justicia del otro.

Desde donde estés, Che, bendícenos a todos nosotros los que comulgamos en tus ideales y tus esperanzas. Bendice también a los que se cansaron, se aburguesaron o hicieron de la lucha una profesión en su propio beneficio. Bendice a los que tienen vergüenza de confesar-se de izquierda y de declararse socialistas. Bendice a los dirigentes políticos que, una vez destituidos de sus cargos, nunca más visitaron una favela ni apoyaron una movilización. Bendice a las mujeres que, en casa, descubrieron que sus compañeros eran lo contrario de lo que ostentaban fuera, y también a los hombres que luchan por vencer el machismo que los domina. Bendícenos a todos nosotros los que, ante tanta miseria que siega vidas humanas, sabemos que no nos queda otra vocación más que la de convertir corazones y mentes, revolucionar sociedades y continentes. Sobre todo bendícenos para que, todos los días, estemos motivados por grandes sentimientos de amor, de modo que podamos recoger el fruto del hombre y la mujer nuevos.

4 de julio de 2007 

Traducción del portugués por *J.L.Burguet*

Tomado de: [www.defensahumanidad.org](http://www.defensahumanidad.org)

ORLANDO BORREGO DÍAZ

# El Che: Cuba, la América Latina y el mundo

Pasados tres lustros del derrumbe del campo socialista europeo, el mundo presencia nuevamente el fulgor del horizonte marxista en el continente americano. Se desperezan las fuerzas otrora dormidas de los pueblos, que siglos atrás habían desatado, con sus diferencias, Bolívar, Martí, Marx, Lenin y Gramsci, entre otros. Hoy más que nunca el pensamiento revolucionario se nutre de las especificidades de la Patria Grande y mira hacia atrás para tomar impulso. Es releído el texto marxista simultáneamente con el legado independentista y anticolonialista de la América. Se reivindicán a sí mismos de las tergiversaciones y los dogmatismos de ciertas posturas deterministas del socialismo real, que años atrás parecían enterrarlos en el polvo de la historia. En este panorama, el Che irradia con sus ideas el renaciente socialismo del siglo XXI. Su pensamiento crítico, su ejemplaridad y sobre todo, sus fundamentaciones acerca de los errores que llevaron al derrumbe socialista, nos ofrecen la cuerda salvadora donde ceñirnos para avanzar por el escabroso pero promisorio camino hacia la libertad definitiva de los pueblos.

El Che nació en la Argentina el 14 de junio de 1928 y murió asesinado en Bolivia el 9 de octubre de 1967. Desde entonces, estas dos fechas adquieren connotación inequívoca para todos los revolucionarios, pero especialmente para aquellos que tuvieron la posibilidad de trabajar junto a él. Es que la obra del Che ha trascendido su vida, como legado histórico de incuestionable valor para las generaciones actuales y las por venir que están decididas a las transformaciones sociales hacia un mundo mejor. Hoy, para la América Latina, que vive jubilosa esas transformaciones en diversos países, las reflexiones del Che sobre la ética marxista y en general sobre la praxis y la sociedad socialistas, fertilizan las ideas de los nuevos líderes revolucionarios y se funden con lo que viene sucediendo en la

realidad, para potenciar los logros y erradicar los errores de nuestros procesos antimperialistas, independentistas y socialistas.

En el caso de la sociedad cubana, el Che se cuestionó desde muy temprano cuál debía ser el modelo de dirección económica a adoptarse de acuerdo con las características históricas, las condiciones económicas, los antecedentes de la lucha revolucionaria por la que había atravesado el país desde la época colonial y su independencia mediatizada, hasta arribar al triunfo revolucionario de 1959 liderado por Fidel Castro. El Che fue uno de los artífices principales de la liberación cubana. Al decir del comandante Faustino Pérez, uno de los más destacados combatientes del Movimiento 26 de Julio y de la guerra de liberación: la primera sangre derramada en suelo patrio después del desembarco del *Granma* fue la del Che.<sup>1</sup> Son conocidos su coraje y la audacia demostrada por él a lo largo de toda la lucha en la Sierra Maestra. Refiriéndose a aquellos años iniciales, Fidel expresaría mucho después:

Muchas veces nosotros tuvimos que de alguna manera o de otra adoptar medidas para preservarlo. En más de una ocasión tuvimos que oponernos a la realización de algunas de las acciones que quería llevar a cabo. Y sobre todo en la medida que íbamos apreciando sus magníficas condiciones de combatiente y la posibilidad de que pudiese servir a la revolución en tareas o misiones de la mayor importancia estratégica [...]. Y así fue cómo en cierta medida llegó el momento en que se le hizo Comandante de una de las columnas invasoras, para cumplir una tarea tan difícil, una proeza tan singular como fue la invasión hasta la provincia de Las Villas.<sup>2</sup>

La proeza señalada por Fidel la llevaría a cabo al mismo tiempo en que la realizaba también su entrañable compañero de armas, el comandante Camilo Cienfuegos,

1 Faustino Pérez: «Los días más críticos, la bandera en alto», *Juventud Rebelde*, La Habana, 2 de diciembre de 2001.

2 Fidel Castro Ruz: *El Che en Fidel Castro*, La Habana, Editora Política, 1998, p. 27.

al frente de otra columna guerrillera, en su avance por el norte de la provincia villaclareña para ocupar la ciudad de Yaguajay. El 1 de enero de 1959 fue liberada la ciudad de Santa Clara y con esa acción toda la provincia central quedaba en manos rebeldes. A partir del triunfo de la Revolución, el Che se fue adentrando en un mundo distinto de aquel, en que ya había alcanzado una apreciable cultura política junto a una experiencia de lucha revolucionaria que hizo crecer sus cualidades humanistas en el fragor de la guerra y de los sufrimientos de verse cercano a la muerte, así como al presenciar ese fenómeno definitorio del ser humano que fue la caída de muchos de sus compañeros en las emboscadas enemigas, los combates y las batallas contra el ejército de la tiranía.

Ya al frente del Regimiento de La Cabaña en La Habana, recibe de forma acelerada las nuevas responsabilidades que se le asignan, con las cuales tiene que dirigir a miles de hombres y enfrentarse a la reconstrucción de un país que ha sufrido la destrucción de su economía y la muerte de una parte valiosa de sus hijos. Sus cualidades revolucionarias y sus potencialidades como dirigente admirado por el pueblo, lo llevan a reafirmarse en sus convicciones y extraer de ellas lo que tenían de original y propio en cuanto a su personalidad. Su modestia hacía que actuara aprovechando al máximo las enseñanzas de Fidel y el legado de los precursores. Estaba convencido, además, de que sus ideas contaban con el acervo de otros pensadores y por eso no hacía exaltación de su originalidad, aunque sus detractores lo calificaron en su momento de revisionista o hereje.

Debido a esta capacidad reflexiva y a que el blanco de sus críticas fuera muchas veces derivado de las experiencias de otros países socialistas, el Guerrillero Heroico, político y estadista revolucionario, tuvo la visión de pronosticar durante su corta estancia en Praga, en el año 1966, el derrumbe del campo socialista europeo. Esa afirmación «herética» la hizo pocos meses después de culminada su campaña guerrillera en el Congo, cuando se aprestaba a comenzar los preparativos para nuevos combates contra el imperialismo en la América Latina:

[...] Se sabe desde viejo que es el ser social el que determina la conciencia y se conoce el papel de la

superestructura, ahora asistimos a un fenómeno interesante, que no pretendemos haber descubierto pero sobre cuya importancia tratamos de profundizar: la interrelación de la estructura y la superestructura. Nuestra tesis es que los cambios producidos a raíz de la Nueva Política Económica (NEP) han calado tan hondo en la vida de la URSS que han marcado con su signo toda esta etapa. Y sus resultados son desalentadores: La superestructura capitalista fue influenciando cada vez en forma más marcada las relaciones de producción y los conflictos provocados por la hibridación que significó la NEP se están resolviendo hoy a favor de la superestructura: se está regresando al capitalismo.<sup>3</sup>

La decisión de lucha del Che en aquellos tiempos demostró objetivamente su inagotable optimismo en el empeño revolucionario: pronosticaba el derrumbe del socialismo real, recreándose en un nuevo proyecto de lucha para instaurar el socialismo consciente que él había soñado y defendido en los años fecundos en que se dedicaba con ahínco a la construcción de una nueva sociedad en Cuba. Para el Che, esta sociedad socialista sólo era posible si el desarrollo de las fuerzas productivas marchaba a la par con el desarrollo de la conciencia, mediante la concreción de proyectos educativos basados en nuestras tradiciones y necesidades históricas, cuya ética debían representarla, en primer lugar los dirigentes y funcionarios del poder revolucionario, con la misma humildad y decoro que los hombres del pueblo. Cultivar la conciencia y la confianza en el hombre de que una sociedad sin explotación sólo sería factible si la vanguardia de ese pueblo unido se mantuviera a su lado y no se distanciara, enajenándose de su realidad: «En nuestro caso, hemos mantenido que nuestros hijos deben tener y carecer de lo que tienen y de lo que carecen los hijos del hombre común».<sup>4</sup>

3 Orlando Borrego Díaz: *Che: El camino del fuego*, La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2001, p. 382.

4 Orlando Borrego Díaz y Enrique Oltuski (comps.): «El socialismo y el hombre en Cuba», *El Che en la Revolución Cubana*, La Habana, Ediciones del Ministerio del Azúcar, 1965, p. 284.

La seguridad en el triunfo futuro que auguraba el comandante Guevara sólo era comparable con el espíritu indoblegable manifestado por Fidel cuando, en los momentos más difíciles de la Sierra Maestra, reencontrándose con un pequeño grupo de supervivientes del yate *Granma* en un lugar llamado Cinco Palmas y con sólo cinco fusiles que habían recuperado, exclamó: «¡Ahora sí ganamos la guerra!».

El Che regresaría a Cuba convencido por Fidel de que en la Isla contaría con las condiciones propicias para organizar la nueva etapa guerrillera en Bolivia. El corto tiempo dedicado a los preparativos en Cuba lo aprovechó también para profundizar en el pensamiento revolucionario y especialmente para analizar nuevas facetas de la práctica del socialismo como anticipo precursor del devenir histórico en la América Latina. Los que tuvimos la oportunidad de conversar con él durante aquella última e histórica estancia en nuestro país, somos testigos de su absoluta seguridad en el triunfo del socialismo en los años venideros. Dicha seguridad no se debía a una fe ciega o a la obstinación de un iluso, sino al conocimiento profundo que el Che había adquirido sobre el proceso de producción y reproducción capitalista, así como a la confianza ganada durante la práctica revolucionaria en Cuba, la cual le permitió comprobar los fructíferos resultados de una revolución en el poder, que fue capaz de sembrar la simiente y empezar a recoger los frutos en el desarrollo de la conciencia para hacer posible la transformación de la sociedad de clases, erradicando la explotación y continuando con la formación para lograr el surgimiento del hombre nuevo.

En los primeros días de octubre de 1967, el pueblo de Cuba, junto a otros pueblos del mundo, recibió una trágica noticia que ninguno de sus allegados queríamos aceptar: el Che Guevara había sido herido combatiendo en Bolivia, su fusil inutilizado, y una vez capturado asesinado por órdenes del Presidente de aquel país cumpliendo instrucciones precisas de la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos de América. La noticia recorrió el mundo entero y a partir de entonces el Che Guevara, que ya se había convertido en un héroe indiscutible para los desposeídos de la tierra, comenzaría a ser más conocido en su grandeza como

revolucionario y como líder paradigmático para las nuevas generaciones de luchadores a escala universal.

Todo el poderío del imperialismo norteamericano no pudo evitar que el diario de campaña del Che en Bolivia fuera puesto en las manos confiables y seguras de Fidel, y quien fuera su jefe y maestro indiscutible escribiera el prólogo a la histórica obra. Habían pasado poco más de dos años desde que el Che partiera de Cuba a combatir en otras tierras del mundo y a ofrendar lo que él llamó con elocuencia y humildad «mis modestos esfuerzos», en bien de la humanidad. Durante ese tiempo, la Revolución Cubana había continuado librando batallas contra el imperialismo, sorteando innumerables dificultades producto del bloqueo económico más cruel de la historia impuesto por el gobierno yanqui y experimentando nuevas vías en la conducción de la sociedad cubana. Entre esas búsquedas se optó por la aplicación de nuevas ideas con el sano interés de dinamizar la conducción económica del país.

Entre otras modalidades económicas se aplicaron ciertos métodos que ya se venían desarrollando en la Unión Soviética y otros países socialistas de Europa. Justo es reconocer que gran parte de esos métodos no estaban acorde con muchas de las ideas sostenidas por el Che en los años en que encabezara la conocida polémica sobre el sistema económico que se debía aplicar en Cuba. En esencia, la discusión versaba sobre los principios y métodos utilizados en los demás países socialistas, que privilegiaban varias categorías mercantiles, propias de la economía de mercado, reconociendo la vigencia de la Ley del Valor dentro del sistema de planificación de la economía socialista. Al método utilizado en aquellos países se denominaba, desde la época de Lenin, Sistema de Cálculo Económico, que en su evolución histórica pasó por varias reformas más o menos pronunciadas. El Che no reconocía en su totalidad la vigencia de esas categorías dentro del sistema económico del socialismo en las condiciones de Cuba y, con la anuencia del gobierno revolucionario, tuvo la oportunidad de experimentar, dentro del Ministerio de Industrias que dirigía, la aplicación de otro modelo que se denominó Sistema Presupuestario de Financiamiento, cuyo principio fundamental era garantizar el desarrollo

de la conciencia del individuo como vía para la construcción de la nueva sociedad:

Se corre el peligro de que los árboles impidan ver el bosque. Persiguiendo la quimera de realizar el socialismo con la ayuda de las armas melladas que nos legara el capitalismo (la mercancía como célula económica, la rentabilidad, el interés material individual como palanca, etcétera) se puede llegar a un callejón sin salida [...]. Entre tanto, la base económica adoptada ha hecho su trabajo de zapa sobre el desarrollo de la conciencia. Para construir el comunismo, simultáneamente con la base material hay que hacer al hombre nuevo.<sup>5</sup>

En esa etapa coexistieron, por tanto, dos modelos: una versión restringida del cálculo económico y el sistema presupuestario de financiamiento propugnado por el Che, con todos los inconvenientes que significaba la aplicación de dos sistemas económicos dentro de un mismo país en proceso de construcción del socialismo. Es comprensible que esa situación influyera para que, a partir de un momento determinado, la dirección del país decidiese la aplicación de un sistema único, que además contaba con el atributo de acumular más de cuarenta años de experiencia en su desarrollo en los demás países del campo socialista.

Poco antes del derrumbe del socialismo real en la URSS y en los demás países del campo socialista europeo, Fidel dio la campanada de alarma, llamando a una rectificación profunda y generalizada del sistema de cálculo económico que se practicaba en Cuba. Ahora puede reconocerse que Fidel se anticipó al derrumbe del socialismo real y estuvo presto a una rectificación visionaria; algo que Lenin no tuvo tiempo de realizar en la URSS, no obstante haber declarado, desde el principio, que la aplicación de aquel sistema significaba un paso atrás para luego dar dos pasos hacia delante en las condiciones de la atrasada y depauperada economía soviética de aquellos tiempos. Pero Lenin murió y

5 Orlando Borrego Díaz y Enrique Oltuski: Ob. cit. (en n. 4), p. 273.

con él sus sueños de rectificación. Fidel recorrió el país impulsando personalmente el proceso de rectificación de errores y tendencias negativas que había generado aquel sistema. Al arribar a la conmemoración del vigésimo aniversario de la muerte del Che, en un acto solemne dedicado a su memoria, expresó:

Estamos rectificando todo tipo de chapucerías y de mediocridades que eran precisamente la negación de las ideas del Che, del pensamiento revolucionario del Che, del estilo del Che, del espíritu del Che y del ejemplo del Che. Creo, realmente, lo digo con toda satisfacción, que si el Che estuviera sentado aquí en esta silla, se sentiría realmente jubiloso, se sentiría feliz de lo que estamos haciendo en estos tiempos; como se habría sentido muy desgraciado en ese período incierto, en ese período bochornoso en que empezaron a prevalecer una serie de criterios, de mecanismos, y de vicios en la construcción del socialismo, que habrían constituido motivo de profunda, de terrible amargura para el Che.<sup>6</sup>

Esa rectificación resultaba abarcadora al hacer resaltar no sólo los valores defendidos por el Guerrillero Heroico en lo interno de la sociedad cubana. Se potenciaba con más fuerza que nunca el espíritu internacionalista y solidario de la Revolución y su compromiso en la lucha por la liberación de otros países de la América Latina y del mundo, tal como el Che lo había demostrado ofrendando su vida generosa en las montañas bolivianas.

La historia del socialismo no se repite de una forma mecánica y determinista: se transforma, se perfecciona y varía de acuerdo con circunstancias geográficas y temporales, condiciones objetivas y subjetivas, y sobre todo, según el sello, el talento y la audacia creadora que le impriman sus vanguardias revolucionarias con sus líderes al frente. El socialismo rectifica y se eleva sobre sus errores, porque su constitución tiene al hombre como centro, sus movimientos y sus transformaciones. El capitalismo trata de perfeccionar e imponer por la fuer-

za sus mecanismos de explotación, y se alimenta de los errores y las debilidades humanas. Su propuesta es el hombre descentrado, dócil a las fuerzas del consumismo entronizado por el mercado bajo la acción de la Ley del Valor; su filosofía es la de la enajenación.

La principal fuerza del sistema capitalista es la de las armas, imponiendo su cacareada democracia en cualquier rincón del mundo que se le antoje, dejando tras de sí terror y muerte. El caso de la monstruosa ocupación actual de Iraq así lo confirma. ¿Va el hombre a renegar del privilegio de la conciencia y su accionar revolucionario ante el avizoramiento de su destrucción? El proyecto del Che de lograr la unidad internacional dentro del respeto a la diversidad, es el único camino para la liberación de los pueblos y el bienestar del hombre como objeto y centro de su existencia. El socialismo no podrá desarrollarse plenamente si no se convierte en un fenómeno internacional. Esto no quiere decir que fuera descabellada la idea de que la URSS, la RDA o Cuba, entre otros, hayan querido lograr una sociedad socialista. Todo lo contrario, ellos han constituido una experiencia incuestionable, pero si la chispa no se hace fuego y prende todo el bosque, con la consiguiente rectificación de los errores cometidos, la menor ráfaga de lluvia la apaga. Así lo ha previsto el notable marxista István Mészáros: «O el socialismo se afirma universalmente de forma tal que incorpore todas las áreas, inclusive las áreas capitalistas más desarrolladas del mundo, o estará condenado al fracaso».<sup>7</sup>

Mientras que los revolucionarios se recuperaban de la caída del Che, nuevos hechos se suscitaban en el mundo, a la par de nuevas demostraciones de la inviabilidad del sistema capitalista. Todo cambió a partir de 1974, al producirse el estallido de la gran crisis del modelo económico del sistema. El conjunto de los países capitalistas desarrollados entró en una profunda recesión. A una baja pronunciada en la tasa de crecimiento de aquellos países se sumaba una inflación elevada. Al calor de la situación, las ideas neoliberales

6 Fidel Castro Ruz: Ob. cit. (en n. 2), p. 167.

7 Ver István Mészáros: *Socialismo o barbarie: la alternativa al orden social del capital*, México, D.F., Ediciones de Paradigmas y Utopías, 2005, p. 2.

empezaron a florecer. Los teóricos trasnochados del capitalismo trataban de demostrar que todo se debía al poder nocivo que se le había otorgado al movimiento sindical y, de forma más general, a lo permisivo que resultaba escuchar los reclamos de la clase obrera. El ataque se dirigía también contra sus reivindicaciones que, según ellos, afectaban negativamente el incremento de la acumulación capitalista y, por lo tanto, a la tasa de crecimiento de las inversiones privadas.

Se afirmaba que esa política había llevado a la disminución de las ganancias de las empresas, lo que conduciría a una crisis generalizada de las economías de mercado. El remedio propuesto estaba claro: era necesario consolidar un Estado fuerte, capaz de inmovilizar a los sindicatos y controlar estrictamente la evolución monetaria del sistema. El Estado debía ser sumamente restrictivo en cuando a los gastos sociales y abstenerse de cualquier intervención económica en el campo empresarial. La estabilidad monetaria se convertía en la medida mágica para hacer reflotar exitosamente las economías de los países capitalistas. Gran disciplina presupuestaria, restricción de los gastos y un nivel de desempleo favorable a los empresarios capitalistas, debilitaría a los sindicatos y de ello se derivaría el auge económico deseado por los defensores del sistema. Como colofón se recomendaba nuevamente introducir reformas fiscales con el fin de estimular a los agentes económicos a ahorrar e invertir en un nivel superior al de antes de la crisis.

La hegemonía relativa de ese programa no se lograría en el más corto plazo, fue necesario que transcurriera una década para imponerse. Apareció entonces una nueva situación política en Europa que tendría un efecto catalizador favorable a las medidas neoliberales: el comienzo del reinado de Margaret Thatcher en Inglaterra fue el primer gobierno de un país capitalista desarrollado que se comprometió a cumplir con flemática disciplina inglesa el programa neoliberal diseñado por los teóricos económicos del capitalismo. A partir de 1980 se sumarían a la ola derechista neoliberal el presidente Reagan en los Estados Unidos, el demócrata cristiano Helmut Kohl en Alemania, la coalición derechista de Dinamarca y otros países de la Europa Occidental. Esa ola permitió crear las condiciones po-

líticas para generalizar la aplicación de las recetas neoliberales en gran parte de los países capitalistas de Europa y la América Latina.

El enfoque sistémico impuesto por Margaret Thatcher representó el proyecto más completo y ambicioso de todas las experiencias neoliberales de los países capitalistas. Ronald Reagan, por su parte, dio prioridad a la carrera militar contra la Unión Soviética. Era una medida encaminada a debilitar el ya híbrido sistema económico de ese gran país, para tratar de revertir las conquistas del socialismo en otras naciones. Curiosamente, mientras esto sucedía en el norte de Europa, en el sur del Continente se instalaba un grupo de gobiernos con tendencias de izquierda, y se hablaría entonces de eurosocialismo. Una vez más se confirmaría el aserto de que desde la aparición del marxismo, en una u otra medida, nunca más se ha erigido el capitalismo como el único sistema hegemónico en el mundo, y su irremediable destino sería el de desaparecer de la faz de la tierra como régimen de explotación.

Del otro lado del planeta, en Australia y Nueva Zelanda se instauraba el neoliberalismo con matices igualmente brutales a los de la Thatcher en Inglaterra. En la América Latina, el seguidor más imitativo y carnavalesco fue el gobierno de Carlos Menem en la Argentina, sumiendo al país en la situación más humillante y entreguista del Continente. Luego vinieron otros seguidores igualmente nefastos, como el lamebotas De la Rúa, hasta que el pueblo argentino decidió cambiar el rumbo de los acontecimientos y con ello volteó a una cascada de gobiernos de tránsito efímero, hasta llegar a la situación actual de características más estables dentro del mismo sistema capitalista y, por consiguiente, de pocas expectativas prometedoras a largo plazo para ese pueblo.

En resumen, el desgastado recurso neoliberal aplicado por el sistema capitalista demostró su ineficacia y, como balance final, sólo produjo más retraso y miseria en el mundo. Por otro lado, el proceso de globalización económica neoliberal ha marchado acompañado por la degradación de su supuesta democracia, que al no mostrar significado positivo alguno en cuanto al progreso social, ha perdido totalmente su credibilidad. La globalización

neoliberal ha entrado en su fase terminal de agotamiento. El mito de que el libre mercado resolvería los males del sistema y consolidaría la democracia burguesa se ha derrumbado.

Entre tanto, el esperado papel a desempeñar por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) ha continuado debilitándose, al extremo de que al cumplirse el aniversario cincuenta de esa organización mundial se escucharon discursos disonantes pero certeros como el del ministro belga de Relaciones Exteriores, quien el 26 de diciembre de 1998 expresó: «La ONU ha muerto», luego de los bombardeos a Iraq por la aviación norteamericana y la británica. El espíritu de colaboración y de solidaridad internacional ha llegado a su nivel más bajo, y los únicos organismos que determinan en el concierto mundial de las naciones son el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio. Los tres dependen de los mandatos de las potencias económicas mundiales y permanecen bajo su control político en el ámbito internacional.

El comandante Guevara había anunciado en 1962, en Punta del Este, cuál sería el destino de los países subdesarrollados de la América Latina bajo la tutela del FMI y otras organizaciones internacionales dominadas por los Estados Unidos. Su pronóstico sólo apuntaba a la necesaria liberación de los países y al establecimiento de nuevas relaciones internacionales bajo los principios de una verdadera integración económica latinoamericana con sentido de unidad, colaboración justa y equitativa, para hacer posible el desarrollo económico sustentable de los pueblos pobres de la región.

La experiencia nefasta de cerca de veinte años de neoliberalismo económico ha demostrado lo acertado de los pronósticos del Che. Sin embargo, los pueblos están reaccionando ante tanta depredación y miseria. Hoy nuevos aires de libertad e independencia económica recorren toda la América Latina. Ya son varios los países que han tomado una posición digna y valiente frente al imperialismo y sus instituciones, compartiendo una nueva manera de pensar más cercana a la histórica e independiente posición cubana en el contexto internacional. Los casos más significativos son los de la República Bolivariana de Venezuela, Bolivia y,

más recientemente, Ecuador y Nicaragua. A ellos se suman varios países hermanos del Caribe.

De lo dicho hasta aquí, se evidencia la extraordinaria visión del Che sobre lo que se avecinaba para la América Latina. Creo que con estas reflexiones lo hemos conocido más en su grandeza como teórico, como estadista y como revolucionario. Queda demostrado que su pensamiento ha constituido un arma poderosa para combatir el neoliberalismo y ahora representa otra, no menos potente, para liquidar definitivamente el último experimento yanqui dirigido a esclavizar a los pueblos subdesarrollados de la América Latina: el Tratado de Libre Comercio para las Américas. No por casualidad y por feliz coincidencia, muchos escritores y poetas en el mundo han dado en llamarle al Che «el Comandante del Alba», mucho antes de que Hugo Chávez lanzara su Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA).

El Área de Libre Comercio para las Américas o ALCA, es un proyecto para integrar comercialmente a todo el continente americano bajo la tutela de los Estados Unidos. El proyecto se creó a iniciativa del Imperio en 1994, debiendo iniciarse en el año 2005 y del cual formarían parte los países de Suramérica, Canadá, Norteamérica, México, Centroamérica y el Caribe (menos Cuba), con un potencial de ochocientos millones de habitantes. De esta forma se crearía un gran mercado, en una zona donde circulan libremente las mercaderías y los capitales, sin trabas ni regulaciones, lo que según sus promotores reportaría un producto bruto de 13 000 billones de dólares. Su proclama política plantea la seguridad de mantener la democracia entre los países miembros, erradicar la pobreza, y dar solución a los problemas del medio ambiente, cuando lo que se busca es apagar así simuladamente las chispas de revolución que los países del sur están destinados a vivir gracias a las contradicciones del capital y a las relaciones de explotación que el sistema capitalista impone como condición *sine qua non* de su existencia, y en donde los pobres constituyen las factorías de las riquezas que los ricos derrochan aparentando vivir en el mejor de los mundos posibles.

Pero a los pueblos no se les puede engañar con propagandas de este tipo. Ya se sabe que lo que pretenden

los Estados Unidos es lograr la hegemonía hemisférica y global. A través del ALCA se intenta crear un bloque regional dominado por el Imperio, capaz de enfrentar la competencia de la Unión Europea y del bloque asiático en la disputa por la hegemonía económica, geopolítica y cultural del mundo. Todo esto está encaminado a la apropiación de los excedentes económicos de los países de Centroamérica y Suramérica, de acuerdo con las reglas de libre comercio impuestas por los Estados Unidos. Repasemos cómo le ha ido a México en la integración con este país y Canadá en su Tratado de Libre Comercio. En 1992 se fundó dicho tratado entre los tres países bajo el liderazgo de los Estados Unidos, anunciando expectativas de mejorar el nivel de vida de la población. Sin embargo, el resultado para los mexicanos fue el deterioro de este. El aumento del comercio con los Estados Unidos ha sido en desmedro del intercambio con Europa y Asia. Si este aumento se hubiera producido con europeos y asiáticos, la economía mexicana hubiera generado mayores beneficios.

México se ha hecho más dependiente de los Estados Unidos, al punto de que el 74% de las importaciones proviene de los Estados Unidos y el 89% de las exportaciones depende del mercado de aquel país. Las empresas extranjeras instaladas en México en la frontera con los Estados Unidos no han permitido el desarrollo de las industrias nacionales, pues el 96% de las piezas y componentes son importados, con los cuales ensamblan los productos que luego se registran como exportaciones mexicanas. Apenas el 4% de esas exportaciones corresponde a empresas mexicanas, y el resto pertenece a las empresas extranjeras. Esta situación no afecta sólo a los sectores pobres del país, sino también a la soberanía política necesaria para crear proyectos sociales en beneficio de las mayorías.

Después de más de diez años de TLC, sesenta millones de mexicanos viven en la pobreza extrema, que pasó del 21,46%, en 1964, a casi el 30% actualmente, mientras que el salario mínimo ha perdido el 22% de su poder adquisitivo. El sector informal ha crecido alarmantemente a costa del empleo formal y de la quiebra de pequeñas y medianas empresas. La agricultura mexicana está en ruinas a causa de las crecientes im-

portaciones y la caída, debido a los subsidios, de los precios internacionales de los productos agrícolas. La ola de emigrantes hacia los Estados Unidos es cada día más grande. Quienes obtuvieron los beneficios extraordinarios del «libre» mercado han sido los productores estadounidenses a costa de sus similares mexicanos. Al observar a los Estados Unidos y a Canadá después del Tratado, se comprueba que en una pelea de dos gigantes contra un país más débil, han salido beneficiados los gigantes. ¿Cuál es el futuro de la América Latina? Por supuesto que no es el ALCA. Los Estados Unidos pretenden controlar toda la riqueza de nuestros países con el único propósito de engrosar la riqueza de sus empresas transnacionales. Y es ahí donde el ALCA representa el mayor riesgo para los países latinoamericanos, además de poner en franco peligro su soberanía alimentaria. Sobre este cuadro aterrador, el premio Nobel de Economía y ex funcionario del FMI, Joseph Stiglitz, ha expresado lo siguiente:

Estados Unidos no está dispuesto a eliminar los generosos subsidios que da a su agricultura, ni la restricción de ingreso a su mercado de productos como la carne y el azúcar de Brasil [...], el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) que negocian 34 países del continente no los beneficiará, y en cambio, prolongará la ya vieja relación injusta entre ellos y los Estados Unidos.

Finalmente el Premio Nobel enfatizó: «A no ser que los Estados Unidos hagan algo muy significativo, en relación con las barreras agrícolas y arancelarias, no tiene sentido que firmen el acuerdo».<sup>8</sup>

¿Qué hacer frente a esta evidente amenaza? No cabe otra respuesta que la del ALBA, propuesta y practicada por el presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Hugo Chávez, que plantea:

1) La unidad latinoamericana en una integración regional basada en una comunidad suramericana de naciones cuyas bases deben ser la solidaridad, la cooperación

8 Dossier dedicado a Joseph Stiglitz: *El Economista de Cuba*, 5 de febrero de 2007, en [www.economista.cubaweb.cu](http://www.economista.cubaweb.cu)

cultural y científico técnica. Se debe desarrollar el comercio de la manera más justa y equitativa entre los pueblos. La integración debe ser general y no solamente enfocada desde el punto de vista de los mercados.

2) El enfoque integral conlleva la colaboración conjunta para el mejoramiento continuo del sistema educativo, la nutrición, la salud, la ciencia y la tecnología a fin de que los pobladores sean capaces de transformar sus propios recursos naturales como productos que cubran el mercado interno y el internacional.

3) Cada país debe promover el autoconsumo de los productos alimenticios propios de la región y sustituir progresivamente de su alimentación los productos importados por productos que se desarrollen nacionalmente.

4) Las políticas de los países latinoamericanos deben estar orientadas al desarrollo cooperativo de la agricultura, la ganadería, agroindustria, turismo, educación, salud, recreación, seguridad etcétera, aprovechando las potencialidades propias, los recursos y capacidades de sus habitantes.

5) Se debe implantar nuevos esquemas impositivos para las empresas latinoamericanas, eliminando las exoneraciones absurdas que hoy prevalecen para beneficiar a las empresas transnacionales capitalistas y exigir a estas que cumplan con las normas internacionales de protección del medio ambiente.

6) Se debe plantear una mejora continua a las producciones y servicios de las empresas latinoamericanas con miras a la competitividad en el mercado mundial. Todo esto con el estímulo al desarrollo de proyectos compartidos entre las universidades, instituciones técnicas y económicas en alianza estratégica con los países participantes en la alternativa de integración.

7) Una vez acordadas las bases de la integración latinoamericana se deben firmar los tratados comerciales correspondientes entre los países y entre estos y los demás países del mundo que no dependen del esquema regional. Los tratados deben formalizarse sin las trabas y ataduras que propugna el ALCA, exigiendo la eliminación de los subsidios a los productos agropecuarios de los países desarrollados.

8) La Integración Cultural debe desarrollarse rescatando, impulsando y difundiendo los valores culturales

de los países latinoamericanos a través del desarrollo sostenible de la comunidad de esos países.<sup>9</sup>

Pero los enunciados fundamentales de la Alternativa Bolivariana para las Américas impulsada por el presidente Chávez, con el ya conocido apoyo de Cuba, Bolivia y otros países de la América Latina y el Caribe, representan un reto de gran envergadura para nuestros pueblos y para las instituciones que tienen que darle cobertura a los múltiples estudios y tareas que dimanan de las muy diversas posibilidades y potencialidades que genera un proyecto de integración de la magnitud del que se está hablando. Si importante es la voluntad de integración como manifestación política de los gobiernos y de los pueblos hermanos de la América Latina, igualmente importante resulta la conciencia acerca del gigantesco esfuerzo organizativo, de planeación, de coordinación y control de cada uno de los programas o proyectos a desarrollar dentro del esfuerzo integrador. De nuevo aquí son válidas las enseñanzas del Che. Es necesario tener en cuenta sus *Apuntes críticos a la economía política*, cuando refiriéndose a la URSS, analizaba cómo era poco llevadero un sistema orientado a la eliminación de la explotación, si funcionaba a través de categorías capitalistas:

¿Cuál es el defecto fundamental de todo el sistema? Que limita la posibilidad de desarrollo mediante la competencia capitalista pero no liquida sus categorías ni implanta nuevas categorías de un carácter más elevado. El interés material individual era el arma capitalista por excelencia y hoy se pretende elevar a la categoría de palanca de desarrollo, pero está limitado por la existencia de una sociedad donde no se admite la explotación. En estas condiciones, el hombre no desarrolla todas sus fabulosas posibilidades productivas, ni se desarrolla él mismo como constructor consciente de la sociedad nueva. // Y para ser consecuentes con el interés material, este se establece en la esfera improductiva y en la de los servicios [...]. // [...] // Esta es la justificación, tal

9 Declaración Conjunta Cuba-Venezuela, suscrita en La Habana el 14 de diciembre de 2004, p. 6.

vez, del interés material a los dirigentes, principio de la corrupción, pero de todas maneras, es consecuente con toda la línea del desarrollo adoptada en donde el estímulo individual viene siendo la palanca motora [...]. // [...] // El comunismo es un fenómeno de conciencia, no se llega a él mediante un salto en el vacío, un cambio de la calidad productiva, o el choque simple entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. El comunismo es un fenómeno de conciencia y hay que desarrollar esa conciencia en el hombre, de donde la educación individual y colectiva para el comunismo es una parte consustancial a él.<sup>10</sup>

No todos los pueblos que participan desde ahora en la Alternativa Bolivariana para las Américas cuentan con el mismo nivel de desarrollo institucional y de organización en general para abordar las complejas tareas que se avecinan. Se necesitará un apoyo especial de aquellos países que cuentan con mayores fortalezas organizativas y personal calificado para ayudar al trabajo de aquellos que tienen un desarrollo relativamente menor en sus instituciones. Si junto a todo lo anterior no se establecen sistemas efectivos de control de las tareas que se orientan como señalaba el Che, entonces se hace prácticamente imposible identificar quién es el responsable de los incumplimientos que se producen a lo largo de toda la cadena administrativa.

El Che insistía en aclarar que el burocratismo no nace con la sociedad socialista ni es un componente obligado de ella. También aclaraba que no es lo mismo la burocracia que el burocratismo. En todos los regímenes han existido burócratas con su cortejo de prebendas y de lacayismo, medrando a costa del presupuesto estatal, sin importarles el significado social de las tareas que realizan. Más bien lo que les interesa es hacer lo más permeable posible el aparato estatal como para facilitar el tránsito de los aprovechados, y lo suficientemente hermético para apresar en sus mallas al pueblo.

10 Ernesto Che Guevara: *Apuntes críticos a la economía política*, La Habana, Centro de Estudios Che Guevara, Ocean Press, Editorial de Ciencias Sociales, 2006, pp. 10-13.

A finales del siglo xx y lo que va transcurriendo del xxi se confirma con fuerza mayor cómo el capitalismo neoliberal se convierte cada vez más en generador de burocratismo, con todo lo que trae aparejado de corrupción y pérdida de valores humanos. Los últimos informes del Banco Mundial atestiguan que en los países de la OECD el total de gasto estatal en porcentaje del PIB ha aumentado enormemente en las últimas décadas. Si en 1960 esa cifra era del 20%, en la actualidad es del 50%. Al considerar la fuerza de trabajo total en los Estados Unidos en el año 1990 y la actualmente existente, se observa que en los últimos catorce años el número de burócratas se ha incrementado del 12,5 al 14%.

En las compañías transnacionales se reconoce que cada vez es superior el número de abogados, gestores de negocios, grupos de presión, consultores, etcétera. Esta tendencia marcha acompañada de una superior depauperación moral del sistema, creando una cultura de corrupción y amiguismo, donde todos los burócratas se apuntalan para alzarse y alcanzar la cuota más alta de ganancias creada por los trabajadores, tanto en las empresas privadas como en aquellas que operan con financiamiento estatal. Hay sectores donde la burocracia y el burocratismo se hacen más escandalosos. Uno de los casos es el de la atención sanitaria. Un estudio elaborado a finales de 2004 por la Harvard Medical School and Public Citizen revela que el costo de la burocracia sanitaria de los Estados Unidos asciende a 400 mil millones de dólares y que el sistema de salud podría ahorrar prácticamente la mitad de esa cifra anualmente, lo que supondría financiamiento suficiente para asegurar a cuarenta y tres millones de personas su seguro médico y suministrar los medicamentos dispensados con receta a todos los estadounidenses.

El estudio revela que la burocracia absorbe el 31% del gasto de asistencia médica en los Estados Unidos; la burocracia en ese sector se supone que debe ser sólo el 16,7% del gasto sanitario de salud. Está demostrado que lo fundamental para los dueños de estos servicios en los Estados Unidos es su nivel de ganancias y no la racionalidad del sistema sanitario como para hacerlo más amplio y eficiente. En suma, el burocratismo se basa en la falta de conciencia y hay que ponerle frenos infranqueables en

los actuales países socialistas y en proyectos como el ALBA. Si esa falta de conciencia daña los resultados de la gestión a lo interno del país, es de suponer que el daño se multiplica con creces cuando se practica en las relaciones con otros países.

Supongamos que un funcionario inconciente asuma una responsabilidad cualquiera dentro del mecanismo de colaboración del ALBA y que por su irresponsabilidad o falta de sensibilidad deje de cumplirla. Esa persona estará conspirando contra los objetivos del proyecto y contra las posibles ventajas a obtener por nuestros pueblos en ese objetivo. A propósito del tema de la integración económica y la Alternativa Bolivariana para las Américas, vale la pena recordar parte de lo expresado por el Che en su artículo contra el burocratismo, cuando se refería a las ocasiones en que éramos agredidos por el imperialismo. Él señalaba que en esos momentos se ponían en tensión todas las fuerzas contra el enemigo y la producción no decaía, no existía el ausentismo en el trabajo y los problemas se resolvían con insospechada velocidad. Y agregaba el Che:

Analizando esto llegamos a la conclusión de que convergieron varios factores que destruyeron las causas fundamentales del burocratismo; había un gran impulso patriótico y nacional de resistir al imperialismo que abarcó la mayoría del pueblo de Cuba, y cada trabajador a su nivel, se convirtió en un soldado de la economía, dispuesto a resolver cualquier problema. El motor ideológico se lograba de esta manera por el estímulo de la agresión extranjera.<sup>11</sup>

Ahora uno se pregunta si la batalla del ALBA contra el ALCA no es una batalla contra la agresión extranjera del imperialismo. Una batalla donde participamos todos como soldados de nuestros respectivos pueblos, y aún más sagrado que eso, como combatientes internacionalistas en defensa de la Patria Grande de la América por la que lucharon, Miranda, Bolívar, San Martín, O'Higgins, Sandino, Martí y el Che, y por la que luchan ahora encabezan-

11 Orlando Borrego Díaz y Enrique Oltuski (comps.): «Contra el burocratismo», ob. cit. (en n. 4), p. 145.

do la batalla definitiva de los pueblos latinoamericanos Fidel Castro, Hugo Chávez, Evo Morales, Rafael Correa y Daniel Ortega.

Los revolucionarios, tomando como ejemplos a estos hombres, debemos ponernos en cuadro apretado contra los vicios de nuestras sociedades, como el burocratismo y la corrupción; luchar desde dentro y fuera contra las debilidades de una sociedad y un hombre que ha padecido de la enajenación y el automatismo a que conduce el capitalismo. La conciencia, la ejemplaridad, la cultura y la actitud solidaria, internacionalista y revolucionaria del Che, deben dirigir nuestros actos encaminados *rumbo al socialismo* y a la conformación de un bloque unido de resistencia contra el imperialismo. Ahora, el ALBA de la América Latina confirma que la lucha no ha sido en vano y que un mundo mejor, con la voluntad conciente de los pueblos, es posible. La coyuntura histórica de la integración latinoamericana se está dando, no sólo materialmente, sino también subjetivamente con la aparición de nuevos liderazgos. Junto a estos rojos del alba, evoquemos nuevamente al Che:

En esas condiciones, hay que tener una gran dosis de humanidad, una gran dosis de sentido de la justicia y de la verdad, para no caer en extremos dogmáticos, en escolasticismos fríos, en aislamiento de las masas. Todos los días hay que luchar porque ese amor a la humanidad viviente se transforme en hechos concretos, en actos que sirvan de ejemplo, de movilización.

La Habana, 26 de julio de 2007 

## Bibliografía

- Borrego Díaz, Orlando y Enrique Oltuski (comps.): *El Che en la Revolución Cubana*, La Habana, Ediciones del Ministerio del Azúcar, 1965.
- Borrego Díaz, Orlando: *Che: El camino del fuego*, La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2001.
- Castro Ruz, Fidel: *El Che en Fidel Castro*, La Habana, Editora Política, 1978.

Colectivo de autores del Centro de Estudios sobre América: *Pensar al Che*, La Habana, Editorial José Martí, 1989.

Guevara, Ernesto Che: *Punta del Este: Proyecto alternativo de desarrollo para América Latina*, Nueva York, La Habana, Ocean Press, Centro de Estudios Che Guevara, 2003.

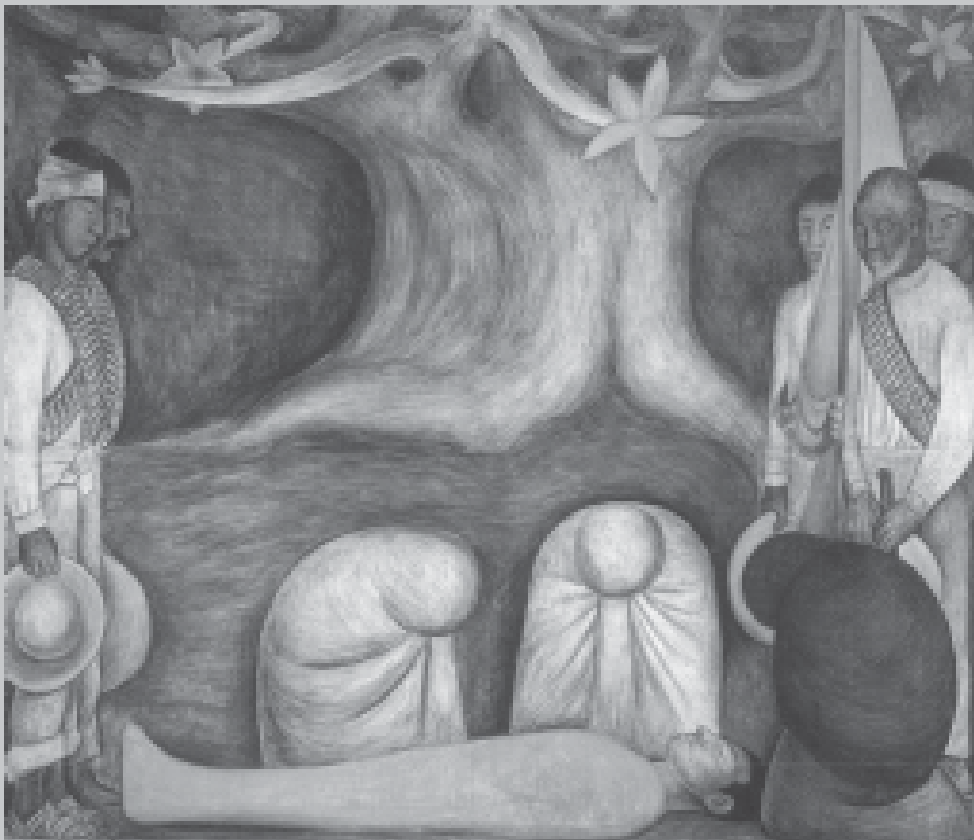
———: *Apuntes críticos a la economía política*, La Habana, Centro de Estudios Che Guevara, Ocean Press, Editorial de Ciencias Sociales, 2006.

Katz, Claudio: *El porvenir del socialismo*, Buenos Aires, Ediciones Imago Mundi-Herramienta, 2004.

Martínez Heredia, Fernando: *El Che y el socialismo*, México D.F., Nuestro Tiempo, 1989.

Mészáros, István: *Socialismo o barbarie: la alternativa al orden social del capital*, México, D.F., Ediciones de Paradigmas y Utopías, 2005.

*Paradigmas y utopías*, ALCA: *Imperialismo neoliberal*, Revista de reflexión teórica y política del Partido del Trabajo de México, 2001; (3): oct.-nov.



DIEGO RIVERA: *El entierro del campesino*, 1926-1927

GIRALDO MAZOLA

## Anécdotas\*

### Mi primer encuentro con el Che

**M**uchos amigos me han sugerido, cuando he relatado alguna anécdota sobre el Che, que debía escribirlas. He acariciado esa idea varias veces desde su desaparición física en Bolivia, y cada año, alrededor de octubre, he leído con avidez los relatos de sus compañeros más íntimos, de sus familiares y amigos, que nuestros medios publican como parte de las efemérides que lo unen más a Camilo en ese mes.

Leí también el análisis de Carlos Tablada sobre el pensamiento económico del Che, las investigaciones de Froilán González en Bolivia que relatan con gran cúmulo de citas de prensa y declaraciones, la epopeya de la guerrilla y complementan el diario del Guerrillero Heroico. He visto varias veces la entrevista de Fidel con el periodista italiano Minà, cuya versión documental es sencillamente fabulosa e irrepetible.

Todas esas publicaciones, en vez de estimularme, me inhibían de escribir, pues creía que mis vivencias personales carecían de importancia y no revelaban nuevas facetas de la carismática, excepcional y relevante personalidad del Che.

Oí mencionar al Che cuando citaban en las informaciones elaboradas por la tiranía su presencia entre los invasores del *Granma* en términos nada halagüeños; luego, en los primeros meses de 1957, cuando el comandante René Rodríguez bajó de la Sierra para dirigir los grupos de Acción y Sabotaje del Movimiento 26 de Julio, le escuché distintas referencias sobre el médico argentino que se había unido a nosotros, había cambiado su botiquín por un rifle y comenzaba precisamente a forjar, en aquella etapa, su leyenda y su realidad.

Yo estudiaba medicina hasta que cerramos la Universidad a fines de 1956, y me había incorporado a los grupos de Acción del 26 de Julio, aunque seguía trabajando en la sala de ortopedia del hospital Calixto García. Me atrajo desde entonces la reedición en su persona de la historia de los centenares de extranjeros que habían participado en nuestras guerras de independencia. Admiraba desde muchacho a aquellos patriotas cuya consagración mambisa los convirtió en cubanos por derecho propio, e intuía que de nuevo surgía una versión moderna del «inglesito» Reeve o del polaco Carlos Roloff.

No tenía experiencia del mundo que rodeaba a nuestra Isla ni conocía personas de otra nacionalidad, si excluía a un exiguo grupo de españoles, jamaicanos o haitianos «aplatanados» del barrio. Entonces tampoco tenía una cabal comprensión de las concepciones y principios internacionalistas que todo nuestro pueblo abrazó después, por tanto el prisma con el cual miraba la presencia suya entre nosotros tenía esas limitaciones. Es cierto que se añadía como elemento de afinidad que su profesión fuera la que yo pensaba ejercer, y más tarde también sirvió como punto de interés conocer que le gustaba jugar ajedrez, mi entretenimiento favorito, bastante poco común entonces.

En vísperas de la victoria de enero de 1959 ya el Che era un pilar de la guerra revolucionaria; en la cárcel, escuchaba por Radio Rebelde los relatos de sus acciones y combates, de la épica invasión a Occidente, que formaban parte de la información cotidiana de nuestra emisora.

La prensa batistiana lo trataba con desprecio y con rabia, calificándolo como extranjero y «comunista», incapaces de entender su desinteresado sacrificio por un país donde no nació. Por suerte, ya entonces yo había superado bastante mis arraigadas ideas anticomunistas gracias a la paciencia de un grupo de experimentados dirigentes del Partido Socialista Popular que, en la propia cárcel, día tras día, contribuyeron a esclarecer las concepciones ideológicas de no pocos jóvenes allí detenidos, removiendo las confusiones que una sostenida campaña contra el marxismo, el socialismo y casi todos los «ismos» había logrado inculcarnos. Nos preparábamos, sin saberlo, para la necesaria unidad que

Fidel preclaramente convirtió en la base futura de todo el proceso revolucionario.

Así, Manuel Más Martín, José Felipe Carneado y Gaspar Jorge García Galló, por citar sólo algunos nombres en justo reconocimiento al papel político que desempeñaron, me hicieron ver que mi admiración y respeto por Fidel, Raúl, Camilo y el Che, como exponentes imbatibles de la lucha en que participaba, estuvieran avalados por una coincidencia ideológica, al conocer por ellos cómo pensaban realmente, cómo las concepciones estratégicas e incluso tácticas de la lucha que librábamos estaban fundamentadas en concepciones marxistas, cuya teoría comenzaba yo a descubrir.

No conocí personalmente al Che hasta principios de 1960. Durante 1959, a través de su incesante trabajo cotidiano que los medios reproducían, de sus propios escritos sobre la guerra de guerrillas, tan gráficos y elocuentes de su dimensión y grandeza como de su sencillez, de los relatos de hombres de su Columna, de los comentarios del propio Camilo, había logrado, como todo nuestro pueblo, conocer mejor al Che. Se había convertido en el transcurso de poco menos de un año en una figura sumamente conocida, querida, parte de nosotros mismos.

Quise volver a mis estudios de medicina, pero el ajetreo intenso de aquellos años hizo inevitable que asumiera otras responsabilidades y pospusiera por un breve plazo, que resultó ser hasta el día de hoy, lo que consideré que era mi vocación. Estaba en la dirección del 26 de Julio en La Habana y acepté participar en la intervención de varios laboratorios farmacéuticos al mismo tiempo. Se comenzaron a producir conflictos laborales promovidos en cierto modo por las patronales de empresas norteamericanas e incluso nacionales cuyos propietarios no querían enfrentar y menos aún resolver. La mayoría de estas entidades se dedicaban realmente a envasar tabletas, pomadas o siropes que importaban a granel y, desde luego, no había en su gestión económica nada que se pareciera a un intento de transferencia tecnológica; otros, los menos, habían instalado una elemental base técnica para producir ampulas, tabletas y pomadas con equipos ya obsoletos pero rentables, en nuestro mercado, y excepcionalmente

uno de ellos había recién adquirido una serie de equipos sencillos pero más modernos que casi estaban listos para entrar en producción.

A través del Ministerio del Trabajo, que designaba a los administradores que debían dirigir estas unidades productivas en conflicto laboral, no era posible encontrar la forma de organizar su producción y los técnicos cubanos que allí laboraban trataban afanosamente de buscar alternativas para producir medicamentos y no depender de reenvasar muchos de esos productos cuya existencia se agotaba.

Supe entonces que el compañero Mario Zorrilla había colocado lo que denominaba «Consolidado Químico» que agrupaba a varias fábricas o empresas intervenidas; enfrentaban y trataban de resolver problemas similares a los que yo tenía, y me vinculé, orgánicamente si se quiere, a tal institución. Le expliqué a Mario, quien era muy entusiasta y emprendedor, lo que pensaba que podía hacerse en la producción de medicamentos si organizábamos todos los laboratorios intervenidos en una especie de agrupación dedicada a tal tipo de producción.

Realmente sabía muy poco o casi nada de organización de empresas, de producción de medicamentos y de ese sector en particular, pero el interés que había visto en tantos trabajadores de esas unidades al querer hacer algo útil, luchando por no paralizar la industria, quienes veían en su acción un deber, su respuesta en sus puestos de trabajo al enardecido patriotismo que se templaba en aquellos días, me hizo sentir como si dominara esos temas.

Mario compartió mis inquietudes y apoyó mis criterios, y eso me dio confianza para pulir mejor lo que pensaba cuando después lo discutía con diferentes técnicos como el doctor Epifanio Selman, farmacéutico de los Laboratorios Abbott, uno de los que más me estimulaba a tratar de impulsar esas ideas. Recuerdo que Selman trataba de reproducir la fórmula de una famosa pomada contra las quemaduras, Picrato de Butesín, muy utilizada entonces, que se recibía, como casi todas, a granel. La descripción de sus componentes en la prescripción no era precisa en cuanto a las proporciones y evidentemente contenía algún excipiente que no consignaban y de ahí que fuera tan difícil elaborarla.

Un día en que le hablé nuevamente del tema, Zorrilla me dijo:

El Che está a cargo del Departamento de Industrialización del INRA y yo veo con él todos los problemas de las unidades que atiende. Ya empieza a organizarse la estructura necesaria para atender la producción industrial que tenemos. Vamos a verlo y le explicas tus ideas. Te advierto que conozco que él está pensando en una idea similar, pero a partir de comprar un laboratorio que es propiedad de un brasileño, Elio Dutra, amigo suyo y una gente muy progresista.

Así convenido, muy pocos días después Mario me llamó para decirme el día y la hora en que el Che nos recibiría.

Había estado insistiendo en hablar con alguien de estos planes, pero no había pensado que esa persona iba a ser el Che. Cuando hablamos de verlo, tampoco pensé que sería tan rápido, y cuando tuve que prepararme para ese momento empezaba a encontrar posibles problemas y lagunas en el proyecto que me hacían dudar y tenía que volver a darme ánimo a mí mismo. Ya entonces había sido designado secretario de Relaciones Exteriores del 26 de Julio, y mi atención a estos laboratorios se dificultaba.

Ocurrió que en la víspera Mario me llamó pidiéndome que lo acompañara a la fábrica de botellas Owen Illinois, de San José de Las Lajas. Fuimos y la intervención se realizó instalando como interventores a un triunvirato provisional escogido entre los trabajadores más combativos y revolucionarios.

Al día siguiente, cuando llegamos al despacho del Che en el edificio del INRA, encontramos en una especie de antesala a un viejo amigo mío de la Escuela de Medicina, de la lucha y de la prisión: Alipio Zorrilla. El «negro Alipio», como siempre le dije cariñosamente, nos explicó que se estaba preparando para ser el administrador de una fábrica de tuercas y tornillos que se iba a construir pronto en Guantánamo, y estudiaba allí los planos y otros materiales para familiarizarse con el proyecto.

Bromeamos un poco diciéndole que no sabía nada de fábricas ni de producción, y él ripostaba que menos

sabía yo. Le presenté a su tocayo blanco, y antes que el Che nos llamara a su oficina le dije a Mario que Alipio podía ser el hombre para administrar la Owen Illinois. Empecé a resaltar sus virtudes diciendo exactamente lo contrario de lo que había dicho antes, y Alipio se interesó en conocer los detalles de la intervención, pues conocía la fábrica y tenía amigos allí. Advirtió que la idea le gustaba pero que cualquier decisión en su caso dependía del Che pues había sido asignado para trabajar donde él determinara, añadiendo con picardía que el proyecto que tenía se demoraba un poco y lo que nosotros pensábamos era algo para empezar ya.

Le dije a Alipio delante de Mario: «No te preocupes, Mario se lo plantea ahora cuando lo veamos». Mario enseguida atajó mis ímpetus y respondió:

No, le he pedido muchas cosas al Che y no puedo venir siempre a pedirle. Tú eres el que conoce a Alipio, y después que plantees lo que vinimos a ver, trata de convencerlo de que lo preste; sugiérele que le servirá de entrenamiento práctico para la tarea que piensa darle que sin dudas se demorará unos meses en comenzar.

Nos llamaron y pasamos a la oficina del hombre que admiraba, respetaba y no conocía, para plantearle un proyecto y además otra cuestión surgida de forma improvisada momentos antes. Nos saludó cordialmente y nos invitó a sentarnos. Mario le hizo una introducción muy breve y concisa, recordándole el tema que queríamos tratar y del que evidentemente habían conversado antes por teléfono. El Che prendió lo que quedaba de un tabaco, se recostó y me invitó a explicarle. No era muy ducho entonces en exponer algo de forma concreta y convincente pero había pensado tanto en ese asunto que creo que no me salió mal. Recuerdo que me hizo un par de preguntas en medio de mi presentación, para precisar algo y al final dijo que le parecía interesante. Indicó que le hiciera un informe con lo que le había explicado, incluyendo las características de todas las unidades, y que además me mantuviera en contacto con Mario. Hasta ahí todo salió bien.

Entonces comenzó mi primer y nunca olvidado «patinazo» con el Che. Con cierto apresuramiento le

expliqué la intervención de la fábrica de botellas y lo que hicimos, que se necesitaba designar un interventor y acababa de ver, al entrar en su oficina, a un compañero que podía ser el candidato apropiado durante unos meses hasta que se encontrara la persona idónea. Era Alipio Zorrilla, quien se preparaba para una misión en una fábrica que empezaba a construirse y podía servirle de entrenamiento práctico. Aunque mi explicación no fue suficientemente coherente, el asunto le interesó y dijo dos veces: «Alipio Zorrilla» sin recordar quién era. Para ayudar a que identificara a mi amigo le mencioné varias características de Alipio: «Es un compañero alto, de los grupos de Acción de La Habana, corpulento, “de color”...», y no pude seguir. Me hice la idea de que con esos datos lo había recordado pues se echó hacia delante, pero me dijo bajito, mirándome a los ojos: «De color somos todos, blancos, amarillos, negros. Si es negro, di que es negro, o ¿es que no llamas a las cosas cómo son?».

Realmente me sorprendí y hasta molesté. Nunca me había referido al hablar de Alipio ni de otro negro de esa forma, pero queriendo ser cuidadoso y fino me salió la condenada expresión. Me sentí abochornado –como parece que quería que me sintiera– y traté de salir de ese entuerto explicando que fue una frase involuntaria que no acostumbraba a utilizar. Como concluyendo, y dirigiéndose más a Mario que a mí, dijo que estaba de acuerdo y que lo podíamos utilizar en esa tarea. Nos despedimos, también cordialmente, y salimos.

Buscamos a Alipio en una oficina contigua y le dije que recogiera sus bártulos. Mario le comunicó la decisión del Che y le sugirió que se fuera con nosotros para ir directamente a su oficina, hacer los trámites de su designación y llevarlo después a la fábrica. En el camino le conté mi versión de lo sucedido:

Buena descarga me busqué por querer referirme a ti con tanta finura; siempre te he dicho el «negro Alipio» y se me ocurrió describirte como «de color» y este hombre no deja pasar una. Enseguida me corrigió. Bien me ganó la reprimenda.

Mario agregaba otros elementos, y los dos Zorrilla se reían.

Toda historia tiene su moraleja. Removíamos los cimientos de la discriminación racial que se enraizó cuando éramos una neocolonia yanqui y para ello, además de hacer una verdadera y profunda revolución que la erradicara para siempre, era necesario enfrentar aquellas expresiones que tenían cierto sentido racista. Yo no era racista, pero sin darme cuenta repetía frases de ese tipo. Nunca más le he dicho a un negro que es de color.

Alipio hizo un excelente trabajo allí. Por eso el Che, ya como ministro de Industrias, lo promovió a administrador de la fábrica de níquel de Moa, donde también trabajó con eficiencia. Después devino diplomático y fue embajador en varios países africanos. Falleció recientemente.

Mario poco después fue designado como viceministro del naciente Ministerio de Industrias, donde laboró por muchos años.

Pero después se constituyó la Empresa de Productos Farmacéuticos con aquellos laboratorios y otros, intervenidos o nacionalizados posteriormente, y Selman pasó a trabajar allí donde todavía tiene una importante responsabilidad, aunque las empresas se llaman ahora Medicuba y Eron.

Yo presenté mi proyecto. En esos días, como mencioné anteriormente, me habían nombrado secretario de Relaciones Exteriores del 26 de Julio y dos meses después me encargaron crear el Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos (ICAP), donde permanecí ocho años. Tuve que desvincularme de los proyectos de la producción farmacéutica, que entre otras cosas me agradaban porque se relacionaban con mi vocación frustrada.

## Desertor de la producción

Relaté antes que por algo fortuito no trabajé directamente subordinado al Che. Le presenté por escrito la propuesta, como me indicó entonces, antes de pasar a dedicarme a organizar el ICAP.

Al comenzar a dirigir esa institución, me vi ante tareas para las cuales no tenía suficiente experiencia, y que por su contenido y características requerían que mantuviera permanente contacto con la más alta dirección del país; era algo muy atractivo, pero a la vez

me ponía tenso y exigía un esfuerzo extraordinario para estar a la altura de la confianza depositada en un joven revolucionario y no defraudarla.

Tuve que aprender a dirigir, y crear ese organismo sobre la marcha, vertiginosamente, con la mayor eficacia posible. Era un trabajo de una intensidad tremenda, que no dejaba tiempo para el descanso, pero que me apasionó al igual que a los demás jóvenes que nos enfrascamos en esa actividad.

Volví a ver al Che, después de aquel primer encuentro ocurrido a principios de 1960, a finales de ese mismo año. Fue una tarde en que recibí a varias delegaciones latinoamericanas; había concertado cinco entrevistas sucesivas. Yo llevé la primera delegación, participé en el encuentro y me quedé para las demás. No creía que pudiera acordarse de mí, y me había propuesto recordarle en algún momento oportuno aquella primera entrevista y por qué estaba ahora en esta responsabilidad.

Cuando abrieron la puerta del salón de reuniones donde iba a recibirnos entré con el jefe de la delegación para presentárselo; estaba sonriente en la puerta, y le fui presentado a los demás a medida que iban pasando.

Antes de que pasaran todos, me preguntó quién yo era, y le dije: «Mazola, director del ICAP». Me observó, no dijo nada y siguió saludando a los visitantes. No le dije lo que había planeado porque me pareció que no era el momento, y además porque a pesar de haberme repetido muchas veces lo que iba a decirle, no me salió.

Nos sentamos y dio la bienvenida a la delegación. Les dijo a sus integrantes que había sido informado de los lugares que habían visitado, preguntó las impresiones de alguno de ellos y dio las suyas en un diálogo muy informal y agradable. Luego les preguntó por la situación de su país, precisando con cada uno que hablaba de dónde era, a qué se dedicaba, cuál era su organización política, etcétera.

Al rato parecía una charla entre viejos amigos. El Che mencionó los esfuerzos que hacíamos en ese momento en la transformación de la agricultura, y preguntó si ya habían visto a Fidel, y ante la respuesta negativa, añadió que no se extendería sobre eso pues seguramente él lo haría. Le hicieron muchas preguntas sobre su vinculación con los expedicionarios del *Granma*,

su experiencia guerrillera, la situación política en Cuba y la América Latina y sus soluciones.

Sus respuestas pausadas, con sólidos argumentos, convincentes, parecían una conferencia magistral en una universidad.

El tiempo transcurría sin darnos cuenta, y ya llevábamos más de dos horas; se suponía que yo debía estar al tanto de eso pero me había sumergido, junto a los interlocutores del Che, en sus reflexiones. Reaccioné y miré el reloj; ya la siguiente delegación debía estar esperando por casi media hora.

Aproveché una pausa y se lo mencioné lo más discretamente posible. Asintió, pero no me dijo que se lo debí haber advertido antes. Respondió otras dos preguntas y cortésmente explicó que no deseaba hacer esperar a los otros visitantes, bromeó con uno de ellos, se paró y ellos también, mientras siguieron hablando animadamente.

De pronto me alude:

Yo estaría más tiempo con ustedes. Quizás podamos vernos otra vez antes de que se vayan. Yo me ocuparé de localizarlos. Él [y apuntó con un movimiento de la cabeza hacia mí], organizó estas reuniones y no nos dio mucho tiempo.

Es un desertor de la producción. Iba a trabajar en algo concreto vinculado a la producción de medicamentos pero decidió irse para, cómo se dice, ah, el ICAP, y dedicarse a darnos más tareas a los que trabajamos.

Me sorprendió el calificativo pero más aún que se acordara de mí cuando sólo habíamos tenido un contacto que yo no podía olvidar, pero que no me parecía que él pudiera recordar. Le dije con circunspección: «Comandante, usted debe saber que yo no decidí irme de ningún lugar, me dijeron que me ocupara de esto y eso hago». Hizo un gesto de incredulidad, acompañado con ambas manos dirigidas a los visitantes y se despidió de ellos en la puerta.

Allí avisé a un ayudante que trajera a la otra delegación, y aproveché esa oportunidad para explicarle cómo fue el proceso de constitución del ICAP, mi designa-

ción, mi vocación por la medicina, lo interesante que era el plan con los laboratorios y también la importancia de esta ventana abierta que era el Instituto para defender y divulgar nuestros logros y realidades. Parece que la delegación se demoró en llegar o que hablé muy rápido pero le «disparé» todo el discurso que había pensado y muchas otras cosas que se me ocurrieron y que él escuchó sin hacer comentarios.

Saludó a la nueva delegación, menos numerosa, y comenzó otra interesante conversación con ellos. Al final, sin esperarlo tampoco, volvió a surgir mi calificativo de desertor de la producción como si no hubiera oído lo que le expliqué antes, y también lo repitió de forma parecida en las siguientes entrevistas.

No hice más aclaraciones porque la historia se repetía con más perfección y detalles.

Debo confesar que al principio no me gustaba el mote y cuando hablaba del asunto ensayaba una sonrisa que debía ser similar a la de un perro comiendo calabaza caliente. Incluso pensé que la broma no era buena para la responsabilidad que tenía y para el nuevo organismo, pero en el transcurso de la tarde me fui dando cuenta de que, por el contrario, usaba la anécdota para relacionarme de alguna forma con él y resaltar mediante sus chanzas la importancia del nuevo organismo creado por la Revolución.

## Del tablero al cañaverl

Durante los primeros años de la década del 60, el trabajo voluntario fue una necesidad perentoria de nuestra economía y una insustituible herramienta para la formación ideológica de nuestro pueblo.

En el trabajo voluntario, aporte de las masas a una obra creadora colectiva, competía la utilidad económica con su profundo contenido político; era la forja donde se acorralaba al egoísmo, la ausencia de camaradería y el individualismo que durante tantos años el capitalismo convirtió en nuestros hábitos y costumbres más arraigados. Fue un cambio súbito que por su esencia solidaria cobró conciencia popular muy rápidamente.

El Che, con su ejemplo personal, siempre estuvo a la vanguardia de ese titánico esfuerzo de todo el pueblo.

Tanto que, todavía hoy, asociamos su nombre al trabajo voluntario.

Mucho se ha escrito sobre su presencia en todo tipo de tareas voluntarias. Él mismo escribió y habló bastante sobre eso. Las imágenes suyas en la construcción, en la zafra, en fábricas, probando nuevos prototipos de combinadas cañeras, nos son familiares. La secuencia filmada en el puerto habanero con el torso desnudo descargando pesados sacos en una carretilla, con la destreza y júbilo de un experto estibador, son recuerdos imperecederos para nuestra juventud.

Organizó un sistema de bonificación para las horas aportadas en trabajo voluntario en el Ministerio de Industrias y sus empresas que sirvió como acicate para todos los cuadros, técnicos y trabajadores, y programaba su participación personal para estar entre los más celosos cumplidores de ese deber, a pesar del tiempo que tenía que dedicar a sus enormes responsabilidades.

Una noche, en el hotel Habana Libre, después de concluida una sesión del torneo Capablanca in Memoriam, en un saloncito aparte donde había unas mesas con tableros destinadas para los análisis de maestros, jugábamos varias partidas, rotando los jugadores mientras los demás hacían comentarios, criticaban una mala jugada o elogiaban una buena. Estaban presentes varios jugadores cubanos que participaban en el evento, el Comisionado de Ajedrez y otros aficionados.

Nos dio la madrugada. El Che jugaba con el comandante Manuel Bayo, aquel exgeneral del Ejército Republicano Español que en México entrenó a los expedicionarios del *Granma*, en la guerra de guerrillas. Había conocido en Marruecos cómo operaban los bereberes, precisamente contra los ocupantes españoles, y transmitió lo que sabía a nuestros combatientes. Ahora jugaba ajedrez en Cuba, donde había venido a residir, con quien se convirtió en un guerrillero nato y escribió después los fundamentos teóricos de esa guerra irregular.

Bayo no era muy fuerte, pero le gustaba el ajedrez con delirio y tenía una columna regular en el periódico *El Mundo* dedicada al deporte ciencia. Había jugado mucho con el Che en México y cada vez que se presentaba una ocasión como esta reclamaba muy elegantemente ese cierto derecho de antigüedad. El Che

lo vencía casi siempre, y aunque quisiera enfrentarse con otros de los presentes, era muy respetuoso con él, y aceptaba resignadamente jugar dos o tres partidas.

En un momento de la partida miró su reloj. Pensé que iba a apremiar otra vez a Bayo, que se demoraba mucho en cada jugada, pero dijo: «Hay que acabar porque por la mañana tengo que ir al trabajo voluntario». Era una forma de instar a los presentes a hacer lo mismo, pensé. Era domingo, la zafra estaba en curso y se hacían movilizaciones de los capitalinos a cortar caña en los centrales cercanos. Generalmente los organismos y empresas radicados en La Habana, que tenían brigadas de macheteros permanentes en campamentos cañeros cercanos, hacían movilizaciones hacia esos lugares para estimular a quienes llevaban meses en tan duro trabajo.

En el ICAP, desde el principio, promovimos el trabajo voluntario, y solíamos destacarnos con la labor de nuestros macheteros permanentes en la zafra, con las movilizaciones quincenales y dominicales dentro del Sindicato de la Administración Pública.

Existían entonces asociaciones de residentes en Cuba de distintas nacionalidades; de algunos países el número de exilados era mayor, en otros predominaban los técnicos que habían venido a ayudarnos, pero la característica común de todos era su disposición para ayudar a la Revolución. Ese domingo nos acompañarían en la movilización varias de aquellas asociaciones, y se habían hecho todos los preparativos para el transporte, la merienda y la propia organización del trabajo con nuestros movilizados permanentes.

Cuando el Che hizo ese comentario, automáticamente añadí: «Yo también voy a ir al trabajo voluntario». Miré mi reloj y me di cuenta de que no podría dormir, pues si me acostaba no habría nadie capaz de despertarme. Ya eran cerca de las tres de la madrugada.

El Che no dejó pasar mi altisonante declaración y me preguntó a dónde iba a ir. Le expliqué lo que teníamos preparado, la participación de los latinos residentes, dónde estaba el campamento, y respondí otros detalles que inquirió.

Mirando nuevamente su reloj me dijo: «¿Tú estás seguro de que irás?». Lo reafirmé, y poco después él se levantó y el grupo se disolvió.

Fui a mi casa a cambiarme de ropa, pero con muy pocas ganas de ir a cortar caña. Estaba cansado, tenía sueño y fue un verdadero milagro que venciera la tentación de tirarme a dormir. Para lograrlo, incluso me dije a mí mismo que el Che era capaz de verificar la semana siguiente si había ido o no y me echaría en cara mi flaqueza.

Llegué a tiempo para la salida de las guaguas y los camiones, y me decía en el camino que no podía volver a combinar esas veladas nocturnas con la caña. Dormité hasta que llegamos, ignorando la amena charla de mis compañeros de asiento. Nuestra gente ya estaba en los campos que debíamos cortar, y fueron dispersando a los grupos muy organizadamente.

Les habíamos advertido que ese día se distribuyeran entre los asistentes al trabajo, para enseñarlos y vigilar lo que hacían; sabíamos que muchos de ellos jamás habían cortado caña, y podían dejar el campo hecho un desastre. Hacían un gran esfuerzo, pero no eran diestros en esas labores.

Yo me quedé en los primeros surcos del primer campo, después que conversé un rato con el jefe de nuestra brigada permanente. Cuando empecé a trabajar me parecía que tenía el machete más pesado de Cuba, y que aquellas cañas estaban más acostadas y con más hojas que ninguna otra. Nunca fui «largo» cortando caña pero me «defendía» y aquella mañana me la sentí como nunca. Avanzaba muy poco. Me di mis propios consejos mentales para eludir el «majaseo», y buscando conversación con mi vecino de surco logré reanimarme y hasta olvidar la noche de insomnio.

El sol apretaba y a media mañana me paré en medio del surco a comerme un pan con tomate verde que previsoramente llevaba en un bolsillo y a tomar agua otra vez del porrón de barro. Mi cercana pareja no quiso compartir el pan porque sólo comía tomates maduros, de lo que me alegré. Él me advirtió de la bulla que se escuchaba en la guardarraya y pensé que traían la merienda.

Salí y vi que el Che venía con un grupo de compañeros del Central, el administrador entre ellos, y que los movilizados con los que vinimos salían alborotados para saludarlo y se iban pasando la noticia a los que aún estaban dentro. «Es el Che», decían.

Venía sudado, mejor dicho, empapado de sudor. Se detuvo y conversó con un grupo de latinos que lo rodearon y se disputaban su atención. Reconoció a algunos técnicos y bromeó con ellos diciéndoles que seguramente no fueron con sus empresas porque aquí la merienda sería mejor.

No me acerqué al grupo, sorprendido por lo que consideré una casualidad, y cuando me vio me dijo: «¡Ah, viniste!». El tono de esa simple frase se traducía en que realmente no esperaba verme por allí. Quise decirle algo más pero sólo le dije: «Sí, vine con el alma» o algo por el estilo.

Siguió hasta los *jeeps* que yo no había visto acercarse por el otro lado del campo y se fue con el grupo que lo acompañaba mientras en la guardarraya todos comentaban con satisfacción la presencia del Che en la zona y las frases de estímulo que les dijo.

Después supe que había ido a cortar caña en un área cercana del propio Central y quiso dar una vuelta a algunos grupos de movilizados y en particular a los latinos. Comentaban en el Central que había dicho que mientras se hacía el descanso de la merienda iba a hacer ese recorrido.

Cuando volví a verlo, enseguida me espetó en forma de broma: «Fui a chequear si habías ido al trabajo voluntario pues tu cara aquella noche no indicaba que lo fueras a hacer».

Le dije y me acuerdo bien:

Comandante, era lo que menos deseaba hacer pero, no tenía alternativa. Sabía que iban a participar varios cientos de latinos y usted con su afirmación categórica diciendo que del tablero iba a cortar caña, desarmó al diablito malo que me enseñaba la cama cuando fui a mi casa y me decía, «duerme un ratico, un ratico nada más».

## Sopa entre jugadas

Comencé a dirigir el ICAP en 1960 con veintidós años. Fidel decidió crear esa institución, dotándola con suficientes recursos para que estuviera en capacidad de mostrar a los visitantes que venían a Cuba las trans-

formaciones que la Revolución comenzaba a realizar. Avizoraba desde entonces la necesidad de prepararnos para enfrentar el aislamiento que se gestaba contra Cuba y poder divulgar nuestra realidad, tergiversada por los medios masivos de información del Imperio.

Cada aniversario del 1 de Enero, del 1 de Mayo o del 26 de Julio, se nos unían a celebrar esas fechas miles de visitantes extranjeros de todo el mundo, particularmente de la América Latina, que después recorrían el país, conversaban con nuestros trabajadores y campesinos y se entrevistaban con nuestros dirigentes.

Todos o casi todos los asistentes –era lógico–, querían entrevistarse con nuestros líderes, pero fundamentalmente con Fidel y el Che. Organizar esos encuentros no era fácil pues además de numerosos, tenían que realizarse en un plazo muy breve de tiempo y nuestros dirigentes tenían siempre tareas apremiantes sobre sus hombros.

Fidel hacía jornadas maratónicas de entrevistas durante dos o tres días, la mayoría de ellas por la noche y la madrugada, con vigor, energía y entusiasmo increíbles. También muchas veces él mismo, Celia o uno de sus ayudantes, pedía el programa preciso del recorrido de una delegación en una provincia y se aparecía sorpresivamente, convirtiéndose en el guía de los visitantes, que podían disfrutar, de primera mano, de una explicación de lo que existía antes en ese sitio, lo que comenzábamos a hacer y lo que sería.

En aquella primera etapa sus explicaciones soñadoras sobre el futuro eran tan contagiosas que los visitantes y los cubanos que los acompañábamos, lográbamos imaginarnos sin dificultad ese porvenir, materializado décadas después en muchos aspectos.

Todos salían complacidos de esos contactos en el *lobby* o la habitación de un hotel, en una oficina o en la guardarraya de una vaquería o un plan agrícola, y yo con nuevas encomiendas, pues el Comandante generalmente les preguntaba lo que habían visto y lo que tenían previsto ver y detectaba que no habíamos incluido en sus programas tal o cual sitio que les describía y recomendaba visitar.

Me miraba para comprobar si tenía claro que lo debía preparar y volvía a hablar de otras cuestiones mien-

tras yo rogaba mentalmente que no me cambiara mucho el programa.

Aprendí mucho en esos contactos, sobre todo a comprender la grandeza, inteligencia y sagacidad de Fidel, su prodigiosa memoria computarizada, abordaba todo tipo de temas, analizaba la situación en Cuba y en nuestra región, con un lenguaje y argumentos acorde con las características de sus interlocutores.

Le escuché hacer decenas y decenas de preguntas a dirigentes de un país sobre la geografía, economía e historia de sus respectivos lugares de origen; me daba cuenta por algún imperceptible gesto suyo o por preguntar de otra forma más datos sobre el mismo asunto, que algo de lo que le decían, particularmente datos sobre producción agrícola, industrial, u otra cosa, no le parecía muy objetivo. Si eso ocurría, y realmente ocurría con frecuencia, seguía preguntando de otras cosas y luego volvía al dato dudoso, exagerado o impreciso y hacía sus comentarios, muy cuidadosos, con todo respeto, acompañados generalmente de un cálculo matemático mental sobre lo que la cifra dada podía significar en producción nacional de ese producto, la comparación con cifras de otros países, precios del producto en el mercado mundial, etcétera. Explicaba por qué el dato parecía incorrecto, cuál le parecía el indicado y casi siempre aquello terminaba con un nuevo dato aportado por los informantes, que parecía más lógico y cercano al cálculo hecho poco antes por Fidel. No tomé nota, lamentablemente, de esos encuentros; ese hábito lo adquirí mucho después.

Las entrevistas con el Che eran igualmente maratónicas y también solían efectuarse por la noche y la madrugada. Siempre protestaba y decía que tenía mucho trabajo y no podía dedicarse a trabajar para el ICAP, pero acababa recibiendo a casi todo el que solicitaba verlo.

Cuando supo que yo jugaba ajedrez y después que medimos nuestras fuerzas varias veces, me ponía como condición para recibir las delegaciones que yo mismo las acompañara, y habitualmente terminábamos jugando una decena de partidas en su despacho por la madrugada. Tampoco tomé nota de las entrevistas del Che y también lo lamento. Era un excelente expositor, de muy sólidos argumentos y hablar mesurado, con su peculiar acento.

Conocía bien la historia de Cuba y valoraba con mucha profundidad los fundamentales hechos históricos de nuestra patria; lo subrayo porque no era un conocimiento libresco sino una reflexión permanente sobre las causas políticas y económicas de cada hito histórico, que yo me preguntaba en qué tiempo podía haberlos adquirido.

Pienso que disfrutaba los encuentros con los visitantes extranjeros y especialmente con los latinoamericanos; era como la satisfacción de contrastar con gente de otras proyecciones y medios, aunque fueran progresistas o revolucionarios, sus propias ideas sobre lo que hacíamos en Cuba, parte de su patria latinoamericana, o el íntimo goce de transmitir los resultados de una experiencia cuya esencia podía ser repetida.

Su prédica –puedo decir que constante– por la unidad basada en principios, por la necesidad de unir esfuerzos para enfrentar a las oligarquías locales y al imperialismo, por no desgastarse en estériles pugnas secundarias entre fuerzas progresistas, era de una fuerza demoledora y convincente, sobre todo cuando la ilustraba con ejemplos concretos y frescos de la reciente lucha en Cuba.

Un día terminamos relativamente temprano, cerca de las 9 p.m., y me dijo que me invitaba a comer. Empezamos a jugar ajedrez sobre una pequeña mesita de cristal en su despacho, que parece que siempre dedicó a ese propósito, y le dijo a uno de sus ayudantes que nos trajera comida.

El Che comenzaba a jugar en aquel sitio como todo el mundo, sentado en una especie de butacón; en la medida en que el juego avanzaba y la partida se volvía interesante, se iba corriendo hacia adelante hasta llegar críticamente al borde, y cuando parecía que iba a caerse, se deslizaba lentamente y acababa sentado en el piso.

Nos trajeron la comida, que no era mala por cierto para aquellos tiempos. Nada de platos ni servilletas: dos bandejas de comedor obrero con sus típicas escachaduras. El menú consistía en una sopa que parecía tener buen sabor y olía bien, arroz, carne rusa bien preparada con papas y un dulce en mermelada.

Movimos el tablero y un compañero puso las bandejas, se retiró y fue entonces que el Che las miró.

Llamó al ayudante, que salía después de haber puesto en la mesita dos vasos de agua, y regresó al instante chocando los tacones. El Che preguntó: «¿Esta es la comida que dieron hoy en el comedor?». «Sí, comandante», respondió presuroso el grueso oficial.

El Che se paró, volvió a mirar las bandejas, repitió la pregunta y obtuvo la misma respuesta. «Vamos al comedor», dijo y salió. Me pareció que era conmigo también y los seguí.

Entramos a la cocina, el Che avanzó directamente hasta el lugar que buscaba y que evidentemente conocía; llegamos hasta unas cacerolas, encima de un fogón. Imagino que era donde preparaban la comida de los que comían allí por la noche, y las revisó una a una.

Yo sólo asomé la nariz en la de la sopa donde quedaba un fondito que seguía oliendo bien. No dijo nada más y volvimos a subir.

Nos plantamos ante nuestras respectivas bandejas y después de decirme «que te aproveche», comenzamos. La sopa se había enfriado, ya no olía, y aunque tenía hambre la hubiera dejado, si no fuera porque el Che la tomaba con satisfacción y miraba mi lentitud. Realmente me lo comí todo y él también.

Recogió él mismo las bandejas, o más bien las puso a un lado una sobre otra y acercó el tablero. No habíamos cruzado una palabra; a mí me había dado cierta pena con los compañeros muy serios que después de la revisión regresaron más tranquilos.

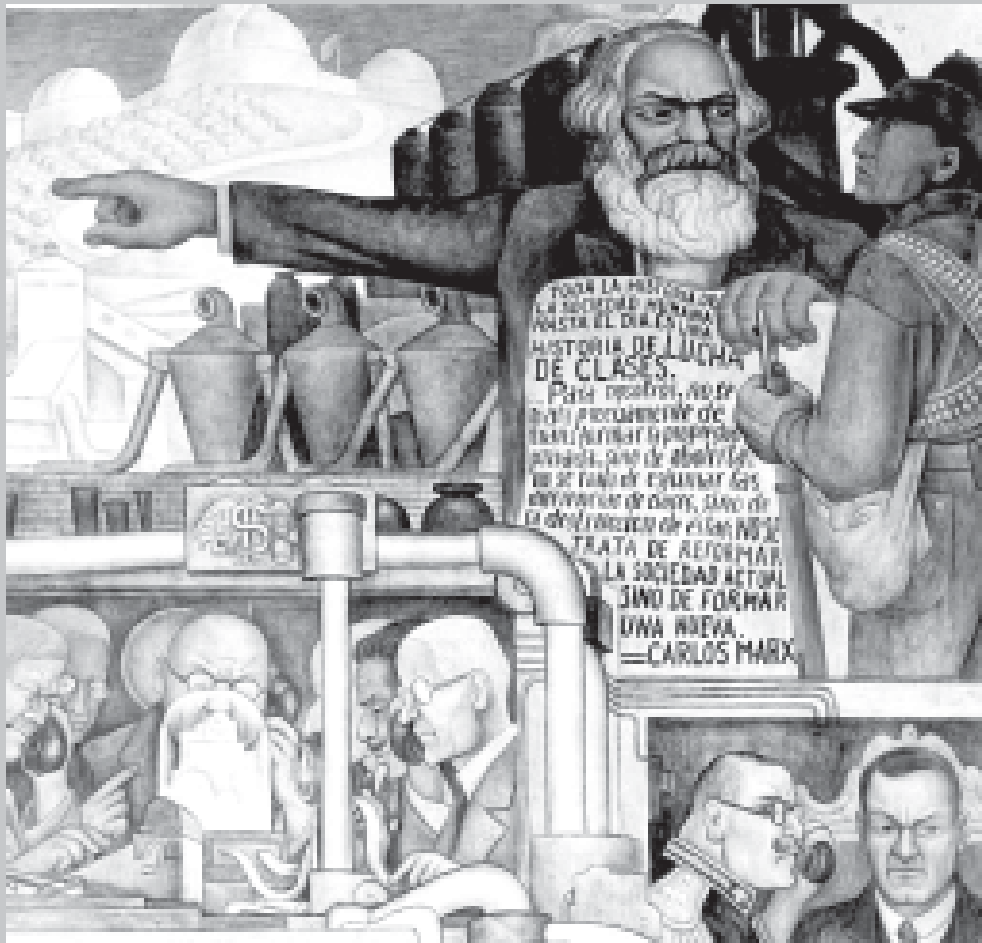
Rompió el silencio para decir: «Me toca a mí», sacó un tabaco y lo prendió. Antes de hacer su jugada, como explicación a todo lo anterior, dijo: «Algunas veces me han querido dar otra comida cuando la del comedor no está buena y me pareció que hoy lo habían vuelto a hacer, a pesar de mis advertencias. Por eso me molesté». Y siguió pensando en la pieza que movería.

Meses después leí la extensa entrevista que le concedió al director de la revista mexicana *Siempre!*, donde abordaba muchos temas de interés y le preguntaron sobre sus actividades y su vida personal. El periodista refería que la entrevista la hizo en varias sesiones. En la primera parte le preguntó directamente si los dirigentes cubanos tenían una cuota especial de abastecimientos superior a la establecida para la población.

Categoricamente el Che respondió que no. La entrevista prosigue con una introducción del autor que alude al segundo encuentro, después de haber visitado algunos de los lugares que le recomendó, y refiere que cuando se vieron por segunda vez, el Che le pidió que no dejara de publicar que, en efecto, respondió que tenía los mismos abastecimientos de alimentos que los demás, pero que su pregunta le hizo revisar si realmente era así, y descubrió que sus escoltas, con la mejor intención, a espaldas de su esposa, le procuraban alimentos adicionales a sus pequeños hijos. Había sido así, pero le dijo

que también publicara que esa situación había concluido ese mismo día.

No tengo la revista a mano, y a pesar del tiempo transcurrido, recuerdo que cuando leí aquella sincera confesión me convencí del arraigo que tenía en sus convicciones y que la mejor prédica es el propio ejemplo. Me pareció muy propio del hombre que tenía mucho de asceta, con una permanente disposición para actuar con absoluta modestia y transparencia, con ejemplar naturalidad, y me recordó aquella sopa fría y sin olor, entre jugada y jugada de una partida de ajedrez. **C**



DIEGO RIVERA: *México hoy y mañana* (detalle), 1934-1935